

doña Emilia me da ocasión para ello, voy á continuar mis meditaciones estéticas, insertando aquí mi tercer artículo, que por miedo de fatigar al público permanecía inédito, y que es como sigue:

Lo único que me apesadumbra y que á veces me mueve á arrepentirme de haberme puesto á tratar asunto tan complicado, es la multitud de aspectos bajo los cuales importa considerarle y la extensión que por consiguiente tengo que dar á este escrito. Por lo demás, mi convicción es cada vez más firme mientras más pienso en ello, sin que yo crea inútil ni de poca importancia explicar y defender lo que en mi pensamiento se presenta como verdad contra opiniones que me parecen falsas y aun absurdas. No estoy excitado por el amor propio nacional ni singular; no niego ni afirmo, pero doy de barato, para allanar el camino de la discusión, quitando tropiezos del medio, que las novelas francesas y rusas del día son mucho mejores que las que en España se escriben. El ingenio, la inspiración, y el chiste, habrán acaso emigrado de España. No quiero negarlo; me limito á lamentarlo. Lo que yo niego, y esta es la cuestión, es que las bellas artes progresen como progresa la química ó la cirugía, y que la superioridad de las novelas francesas y rusas sobre las nuestras, consista en que aquéllas están escritas siguiendo los preceptos

de un arte exquisito y profundo recién inventado.

Yo quiero conceder que en todo, hasta en las bellas letras, hay progreso, en lo que pudiéramos llamar técnico ó del oficio, pero, no bien lo reconozco, cuando reconozco igualmente que lo técnico y progresivo de la literatura, apenas tiene importancia, comparado con lo esencial de ella, en que no cabe progreso. Recapacítese bien y se verá que, en ninguna época colocados los hombres en el nivel de la más vulgar y mediana cultura que entonces había, se han requerido más especiales estudios ni más largos años de aprendizaje para ser poeta ó novelista que para ejercer otro oficio cualquiera. Todos los hombres, por ejemplo, saben hablar y escribir, pero no todos manejan la lezna y el tirapié, como no se apliquen á ello con ahinco y constancia. De aquí que, en cierto sentido, pueda bien afirmarse que es más difícil hacer un zapato que componer un poema. Y todavía es más fácil, y requiere menos *propedéutica* componer una novela, para la cual, la prosodia, el arte métrica y el diccionario de la rima importan poco ó nada. Así se concibe, sin el menor asombro, la inmensa cantidad de novelas que se componen ahora en inglés, en francés, en ruso, en italiano, en alemán, en húngaro, en polaco, en suma, en casi todas las lenguas que se hablan y se escriben

en los diversos países civilizados de las cinco partes del mundo. El oficio es fácil de aprender y el instrumento que vale para la confección ó fabricación, ó sea la lengua ó la pluma, se maneja con menos esfuerzo y más naturalmente, no ya que el cincel ó el pincel sino que el azadón ó el almocafre, por donde toda persona algo educada escribe ó puede escribir novelas. Hasta el material que se gasta en escribirlas cuesta menos y está más al alcance de todos que el que se gasta en los demás menesteres. Por tres pesetas se compran mil cuartillas de papel, en las cuales, aunque no se emborronen sino por un lado, caben con holgura dos novelas de no cortas dimensiones.

¿Será acaso que por esta misma abundancia de novelas se necesite emplear un arte exquisito y profundo para que sobresalga entre todas las demás la que nosotros escribamos? Yo lo niego redondamente. El buen gusto, el delicado juicio estético, si no está en contradicción crea notable confusión en este punto. Para toda persona refinada y culta, Próspero Mérimée y Teófilo Gauthier, por ejemplo, son mejores novelistas que Eugenio Sue y Ponson du Terrail, y, sin embargo, ni *Colomba*, ni *El Capitán Fracasse*, han logrado la vigésima parte del favor del público, de la venta y del aplauso que *Los Misterios de París*, ó las interminables aventuras de Rocambole. ¿Consistirá esto en

que Sue y Ponson du Terrail emplean el arte exquisito y profundo que Gauthier y Mérimée ignoran ó en que la generalidad del público tiene un gusto pésimo, está muy atrasada aún y prefiere lo burdo á lo fino? ¿O consistirá esto en que el verdadero arte exquisito y profundo no ha llegado á descubrirse, sino muy recientemente, cuando Mérimée y Gauthier estaban ya muertos y enterrados, y por virtud de dicho arte al público se le han abierto los ojos del entendimiento para comprender lo bueno, y á Zola, Daudet, Bourget, Ibsen y Tolstoí, se les han abierto los veneros y fuentes de la inspiración legítima para producir obras, que no solo agraden en el día, sino que ya contengan en germen, cuando no en flor, la sublime novela del porvenir, en cuya comparación es el *Quijote* una obra superficial, *epidérmica*, sin trascendencia, sin enseñanza y de mero pasatiempo?

Si las cosas fuesen así, la moda dejaría ya de ser moda. El recto camino, el arte infalible para escribir novelas estaría hallado, y por nada del mundo deberíamos apartarnos de él, para no extraviarnos ó quedarnos á la zaga.

Yo advierto, no obstante, que estas novelas, escritas con el arte exquisito y profundo que tanto encomia el señor Reyles, aunque son leídas, admiradas é imitadas por cuantos siguen fanáticamente la moda de París, es de presumir que caigan en olvido, y hasta en me-

nosprecio, cuando la moda pase y venga otra moda. Posible es que entonces todo lo que hoy se tiene por sutileza, novedad y profundidad, parezca falso relumbrón y pesado amaneramiento.

Lo cierto es, que las novelas más populares, las que se han vendido más en el mundo en estos últimos años, las que han tenido en apariencia al menos, mayor influjo en los sucesos políticos y sociales, no se han escrito en París, ni siguiendo la moda de París, sino poniéndose en determinada é impetuosa corriente de la opinión, dejándose arrebatarse por ella, acrecentando su brío y extendiendo más su acción sobre el espíritu humano. De esta suerte, novelas, no ya de arte exquisito y profundo, sino con poco ó ningún arte, aunque escritas en un momento dichoso y oportuno, han logrado más éxito, han tenido mayor resonancia, han importado más en los cambios sociales y en los grandes hechos históricos, que toda esa novelaría tan encomiada por el señor Reyles

Valga como muestra de lo que digo *La cabaña del tío Tomás*, de la señora Beecher Stowe, de la que se vendieron en seguida centenares de miles de ejemplares, que se tradujo en todos los idiomas, que tal vez enardeció los sentimientos abolicionistas y que entró por algo en las causas de la tremenda guerra de *secesión*.

No es, pues, ni el arte profundo y exquisito,

ni la sutil y peregrina enseñanza de inauditas verdades, ni la superior inspiración, ni el refinamiento de la última moda de París, ni el primor del estilo, ni otras raras prendas literarias, lo que da la palma y corona de laurel á un autor de novelas: es el llegar á tiempo oportuno y el dejarse arrastrar sin miedo por la corriente.

Otra prueba de la misma verdad nos ofrece una novela del Sr. Bellamy, ciudadano anglo-americano también, novela de la que se vendieron cerca de cuatrocientos mil ejemplares, á poco de ver la luz pública. La novela era lo que podemos llamar una utopía socialista ó comunista. La imaginó el autor en porvenir no muy distante. La revolución social se había ya realizado. El nuevo sistema marchaba regular y lindamente. El mundo todo se había convertido en una verdadera ciudad de Jauja, y el humano linaje comía, bebía, se divertía y trabajaba poco, sin apuros ni miserias. La novela del Sr. Bellamy llegó á tiempo y á esto debe su éxito. Bien pudiera decirse de ella lo que con mucho menos motivo dicen que dijo Voltaire de las *Cartas persianas* de Montesquieu: ¡*esas cartas persianas tan fáciles de componer!* ¡...!

No pretendo rebajar ni ensalzar aquí el mérito de las novelas francesas y rusas; que encomia el Sr. Reyles, ni de estas otras novelas americanas que yo he citado. Digo sólo que han

sido oportunas, y ya es esto un gran mérito. También, yo, cuando escribo novelas, procuro ser oportuno, y si no lo soy, es porque no atino con la oportunidad. Pero ¿qué tiene que ver la oportunidad con un arte exquisito y profundo recién inventado, con hacer sentir con nuestras novelas oportunas á los hombres de nuestra época más hondamente que lo que con otras novelas oportunas hicieron sentir otros autores al público de los pasados siglos en que ellos vivieron? Esta es la farsa que yo no admito y de la que se deja seducir el Sr. Reyles. Esta es la *hablerie* y (permitaseme la expresión) la *blague* parisina, por la cual, sea dicho con el debido respeto, me parece que está también algo seducida mi discreta y elocuente amiga doña Emilia Pardo Bazán, que todavía escribiría mejor de lo que escribe y compondría obras más originales y espontáneas, si se dejase influir menos por dicha *blague*.

La *blague* sube de punto si se sostiene además que la novela del día debe estar atiborrada de enseñanza, debe ser conjunto de *documentos humanos* y debe contener más honda doctrina que la de los libros destinados á enseñar y no á deleitar. Sería curioso que alguien estudiase historia en Alejandro Dumas, geología y cosmografía en Julio Verne, sociología en Zola, en Bourget psicología, y patología interna en otros varios novelistas.

Claro está que quien escribe una novela, así como toma para elementos ó materiales con qué escribirla los casos de la vida vulgar y ordinaria observados por él, también puede tomar las doctrinas, creencias, aspiraciones, ensueños, ideas religiosas y metafísicas, y en resolución, todo cuanto cabe en la mente humana y la agita. Pero al tomar todo esto como elementos de su arte, no conviene á mi ver, que se empeñe en ser didáctico, porque se pondrá á enseñar menos y peor que lo que enseña el más pobre de los manuales y á faltar á su vocación de artista, sin crear la belleza y sin producir el deleite estético por el vano empuje de patentizar y divulgar inauditas verdades.

Es de notar, por último, que en esto de contener la ciencia en el arte, lejos de haber progreso, en cierto modo hay retroceso. La ciencia se ha ensanchado tanto que no cabe en los moldes artísticos, por más que los moldes se ensanchen también y hasta se deformen, como ocurre en la novela, donde un autor puede discurrir libremente sobre todas las cosas y otras muchas más.

Con todo, una obra perfecta de arte literario no puede menos de encerrarse dentro de ciertos términos. Lo que fuera de ellos se ponga tendrá algo de impertinencia monstruosa. Y en este sentido no negaré yo que en una novela pueda enseñarse terapéutica, economía

política, teología mística, metalurgia ó cuanto se quiera.

Si está de moda embutir en las novelas todas estas cosas, la novela gustará mientras la moda dure, tal es el poder de la moda; pero pasada ésta, no habrá ser humano que sufra la novela docente. La que gustará en todas las edades, y será siempre leída y celebrada, será la que trate sólo de crear la belleza, ya con elementos de la vida vulgar, ya tomando para elementos las ideas, las doctrinas y las creencias que mueven la mente del autor y la mente de los otros hombres. Aun así, en esto de encerrar en una novela ó en un poema el saber, no con fin didáctico, sino con fin estético, los antiguos nos llevan enorme ventaja. Homero pudo poner en la *Iliada* cuanto en su tiempo se sabía y no poco de lo que estaba en germen y en lo futuro debía saberse ó inventarse. Ya la *Divina Comedia*, del Dante, es harto menos comprensiva de ciencia. Yo admiro mucho al Dante; pero no puedo menos de creer que sólo están indicadas en su poema las teologías y las filosofías que con mayor amplitud, claridad, fundamento y orden pueden estudiarse en San Anselmo, San Bernardo, Pedro Lombardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y otros doctores de la Edad Media. Conque si así pienso del Dante, ¿qué pensaré yo de Zola y qué creeré yo que pueda enseñarme

Zola, que no se aprenda mejor en cualquier diccionario enciclopédico manual: en el Bouillet, pongamos por caso?

Y basta con lo dicho, porque parece cosa de broma y de risa el aducir pruebas y argumentos para sostener verdades tan de sentido común y tan palmarias.

#### IV

Lo que se me ocurrió decir hace tiempo sobre las novelitas del Sr. Reyles, ha dado ocasión ó motivo á una extensa polémica en la que han tomado parte el mismo Sr. Reyles, la señora doña Emilia Pardo Bazán y los señores D. Jacinto Octavio Picón y D. Eduardo Benot.

Elevándonos todos á consideraciones generales, dimos al asunto tanta amplitud y transcendencia que vino á contener toda la estética literaria ó dígase toda la filosofía del arte de la palabra, singularmente aplicada á la novela.

Interminable tarea sería seguir discutiendo de esta suerte, y convendría para ello escribir libros y no breves artículos de periódico.

A fin de no cansar á los lectores de *El Liberal*, voy, pues, á prescindir de no poco de cuanto he dicho hasta ahora, así como de lo

que han dicho mis discretos impugnadores, á retirarme modestamente de la palestra, y á ceñirme en mi despedida al caso particular que me impulsó á escribir y al propósito que tuve al hacerlo.

Creo fuera de duda y por cima de discusión que en todo idioma y en toda literatura hay un momento de florida abundancia y de madurez sazónada, después del cual apenas caben ni se conciben progreso y mejora, sino transformaciones y cambios.

Concretándome á la novela, entiendo yo que, si bien se cumplirán pronto tres siglos desde que salió á luz el *Don Quijote*, no se ha escrito hasta ahora novela mejor ni que se le iguale. Por esto me pareció falso, infundado é injustamente depresivo para el ingenio y la cultura de los españoles, el sostener que las antiguas novelas son superficiales y *epidérmicas*, y que desde Bourget, Tolstoï y otros franceses y rusos se emplea para escribir novelas un arte nuevo, *exquisito y profundo*, por cuya virtud se logra que los lectores sientan y piensen mil y mil cosas inauditas, inefables y enteramente escondidas antes en las entrañas, en los abismos, en el centro inexplorado y tenebroso del alma humana.

Acaso, en el ardor de la contienda, he ido más lejos del punto á donde debía ir. Voy yo mismo á corregirme y á enmendarme. Diré de

los ingenios lo que, en nombre de la misma Divinidad, Virgilio decía de los romanos y lo diré en igual sentido:

*His ego nec metas rerum nec tempora pono;  
Imperium sine fine dedi.*

No quiero ni debo poner barreras, meta, ni á modo de columnas de Hércules al ingenio de los hombres, escribiendo *non plus ultra* en dichas columnas. Allánense los ingleses á confesar que es posible la aparición de un dramaturgo que valga más que Shakespeare, y allanémonos nosotros á confesar que es posible la aparición de un novelista superior á Cervantes. A lo que no nos allanamos y á lo que yo no me allano, es á que este novelista haya aparecido ya, y menos á que sea Tolstoï, Bourget ó Zola. Pero, aunque llegase alguien á convencerme de que cualquiera de estos novelistas de ahora valía más que Cervantes, aún no me convencería yo de que la superioridad consistía en el ejercicio ó en el empleo de un arte más exquisito y profundo, sino en que á Zola, pongamos por caso, le había dado Dios más inteligencia, más estro, más inventiva y más profundidad de ideas y de sentimientos que á Miguel de Cervantes, por donde éste se había limitado á escribir cosillas de mero pasatiempo, sin penetrar más allá de la corteza y de la epidermis, mientras que Zola

se hunde como buzo espiritual en las más obscuras reconditeces del ser humano, sacando de allí á la clara luz del día secretos misteriosos, nunca revelados antes.

Todavía, concedido esto, y no es poco conceder, se me ocurre una objeción. ¿No involucraremos las nociones del arte y de la ciencia? ¿Será bien estimar en más, porque tenga más contenido científico una obra de arte que otra obra de arte? Demos de barato que *Germinal* encierra más, muchísima más ciencia que *El ingenioso hidalgo*, pero ni aun así se podrá inferir que *Germinal* sea mejor novela. Tanto valdría, en vista de los adelantos modernos, inferir, no ya que un tratado fundamental, sino que la más compendiosa cartilla de agricultura vale mil veces más que las *Geórgicas*. Las *Geórgicas* quizás no enseñan sino simplezas y errores, mientras que estudiando la cartilla puede cualquier sujeto entendido convertirse en agricultor más que mediano. Pero el arte no se propone tal fin. Se propone la creación de pasmosa hermosura que deleita, arrebatada y eleva el alma, lo cual se consigue con las *Geórgicas*, cuando el que las lee es capaz de comprenderlas; pero no se consigue con la cartilla, que está al alcance del más tonto, que no hay nadie que no comprenda, y que divulga muy útiles conocimientos. Mas ¿para lograr este fin no será siempre

mejor escribir cartillas que no poemas ó novelas? Todo cuanto enseñe la más sabia novela del día podrá cifrarse acaso en un par de planas de la más modesta cartilla. Y así, hecha abstracción de la sabiduría que la novela encierra, quedará monda y lironda la obra de arte, la cual luego que pase la moda del día y sea otro el gusto del público, es casi seguro que aburrirá al género humano y caerá en olvido ó en menoscipio.

¿Cómo he de negar yo que la humanidad ha adelantado mucho? Su cultura es como un capital que se aumenta cada día, tanto por nuevas ganancias como por los réditos que no se gastan y que se van acumulando. Lo que niego es que el arte, como arte, progrese á par de dicha cultura.

Yo no gusto de defender paradojas. Si de ello gustase, me atrevería á defender lo contrario, con no escasa complacencia, porque lo más divino y admirable que hay en el arte en general, y singularmente en el de la palabra, es lo inspirado, lo espontáneo, lo en cierto modo inconsciente, lo que se diría que está por cima de toda conciencia individual, en la mente colectiva, en la razón impersonal, en el ingenio superior de pueblos y razas y hasta en el numen, que se nos revela ó creemos que se nos revela. Y aunque yo no niego la posibilidad y la continuidad de presentes y de futu-

ras revelaciones, hallo más propios de las primitivas edades que de la edad presente tales casos, que pueden bien calificarse de sobrenaturales y divinos.

No impide lo dicho que la parte técnica, la industria de la fabricación literaria esté en el día más adelantada y más divulgada que en los pasados siglos. De aquí que, por cada una de las novelas que se escribían hace ciento ó doscientos años, se escriben hoy centenares y hasta millares. A lo cual contribuye no poco el que haya hoy más gente que las lea y que las compre. Pero esto mismo manifiesta lo caduco y efímero de la actual producción. ¿Cómo he de quitar yo su mérito al que logra crearse un público, ganar su atención y su simpatía y entretenerle y divertirle durante diez, veinte ó treinta años, con los cuentos que escribe? Grande y muy envidiable mérito es éste; pero no llega, ni con mucho, al del autor que produce algo, no fuera de moda, sino superior á la moda y que ha de persistir cuando la moda pase, porque toda moda ha de autorizarse y justificarse, comprendiéndolo en vez de desecharlo. Así los clasicistas del siglo del renacimiento y del de Luis XIV ponían á Homero á la cabeza de los clásicos. Vino luego el romanticismo y declaró romántico á Homero. Y yo no dudo que los más acérrimos naturalistas del día dejen de citar la *Iliada*, como decha-

do y modelo del más admirable naturalismo.

El busilis, pues, y el toque magistral de cualquier obra de amena literatura no está en seguir la moda, sino en dar la moda ó más bien en ponerse tan por cima de la moda y tan por cima de progresos y de mudanzas, que toda moda nueva se apoye y se autorice en aquella obra presentándola como dechado y tratando de convencer al público de la excelencia de lo nuevo, no por su discrepancia, sino por su semejanza con aquel modelo inmortal.

Que haya obras de esta clase en el día y cuáles sean, es lo que yo no me atreveré á decidir. La sentencia es árdua. La posteridad la dictará sin duda. Limitémonos nosotros á reconocer el mérito relativo de los que interesan, divierten ó entusiasman con sus escritos, aunque sea durante corto número de años, á determinado número de personas, que llamaremos su público. Ya lograr esto, es lograr muchísimo. El que lo logra merece admiración y aplauso y hasta mueve á envidia, á quien no tiene el alma desinteresada y generosa: pero desde este triunfo fugitivo hasta la inmortalidad gloriosa y hasta conseguir la victoria sobre aquellos autores, á quienes ha venerado el mundo durante largos siglos y á quienes han ensalzado muchas generaciones de críticos, hay enorme distancia, sobre la cual nadie puede dar un brinco sin caer en lo absurdo.



Y por último, en lo tocante á la ciencia más honda que se supone que encierran las novelas del día, ya he dicho y repito ahora, que la novela no es ciencia, y que, aun suponiendo que enseñe mucho, nada vale como aburra, disguste y hasta ponga de mal humor á quien la lee, porque la amena literatura no se propone affigir, sino deleitar, sacando deleite hasta de los lances más trágicos y lastimosos y haciendo que la compasión y el terror estéticos traigan placer y elevación al ánimo y no que le desconsuelen y depriman, por donde Aristóteles decía que el fin de la tragedia era la purificación de las pasiones, esto es, que la compasión y el terror se conviertan por el arte en dulces y gratos, en vez de ser amargos é ingratisimos, como son por naturaleza.

Harto sabemos que hay pobres y ricos; peste, hambre y miseria; que tarde ó temprano todos nos hemos de morir; que la sociedad pudiera estar mejor organizada; que hay más hambre que pan y más frío que capas, y más enfermedades que remedios, y más necesidades que recursos para satisfacerlas; pero la existencia de tanto mal no disculpa ni justifica el que produzcamos otro mal, que para nada nos vale, atormentándonos con lamentos y quejas y esmerándonos en las más prolijas y menudas descripciones de todos los vicios, po-

dredumbres, crímenes, infamias y desventuras que hay sobre la tierra.

Bueno y deseable es que el mal, hasta donde esto es compatible con el ser de nuestro planeta y con la condición física y moral de los hombres que le habitan, vaya desapareciendo, ó al menos, menguando; pero, como no sea distrayéndonos y deleitándonos, las novelas no logran este fin. Lo lograrán, por dicha, la religión y la ciencia, los sermones y las disertaciones. Y aun así, hay no poco que observar.

Yo soy entusiasta admirador del poder de la palabra, hablada ó escrita. Y, sin embargo, no puedo menos de reconocer que los hombres que más han contribuido al progreso y á la mejora moral de nuestro linaje, así en la sociedad como en el individuo, ni han escrito novelas, ni apenas han escrito cosa alguna. No sé yo que Sakiamuni escribiese nada, ni Sócrates, ni Jesucristo, si es lícito citarle como hombre entre los que fueron meramente hombres. En suma, con mucho hablar y con mucho escribir se consigue poco ó nada fuera del deleite del que lee ó del que oye cuando lo hace bien el que escribe ó el que habla.

Y al contrario, á la felicidad y bienandanza de nuestro linaje, suele contribuir más que el que escribe el que compendia lo profusamente escrito ó lo destruye y lo borra. Valga

para ejemplo lo que se cuenta de Confucio, quien de millones y millones de máximas que había en China, extractó unas pocas y formó así el libro fundamental de la sabiduría en el celeste imperio.

Moraleja final de todo. Nosotros, por lo mismo que no somos sabios, escribimos difusamente cuanto se nos antoja; pero no debemos imaginar que enseñamos, ni que mejoramos á la humanidad, ni que le abrimos nuevos y ocultos senderos. Bástenos con aspirar á divertir ó á conmover agradablemente, no á la humanidad toda sino á unos cuantos miles de individuos, que forman nuestro público y que tienen el bueno ó el mal gusto de entretenerse leyendo las novelas y los cuentos que escribimos. Ojalá que este bueno ó mal gusto no se pierda, que nuestro público no se disipe, sino que persista ó se renueve, y que al menos la mejor de nuestras novelas siga leyéndose con agrado la mitad del tiempo siquiera que fué leído el *Amadis de Gaula* ó que fué leída *La Diana* de Jorge de Montemayor, que casi nadie lee ya porque le falta la paciencia.

Y para que no le falte también á los lectores de *El Liberal*, al notar lo largo de esta discusión literaria, pongo por mi parte punto final en ella, y prometo no decir ya nada aunque otros escritores me contradigan y diluciden la cuestión con mejor tino y gracia.

## EL FILÓSOFO AUTODIDACTO

---

Con el título arriba estampado se designa cierta novela, que hará ya ocho siglos ó siete y medio por lo menos, compuso un paisano de mi antiguo y buen amigo el autor de *El sombrero de tres picos*, de *La pródiga*, y de *El niño de la bola*. Aunque sólo fuera por esto, me sería á mí simpática la novela de que voy á hablar, novísima ya á fuerza de ser antigua. La escribió un mahometano natural de Guadix, que vivió en el siglo XII de nuestra era y que tenía por nombre Abubequer Abentofail. Dicen que fué gran matemático y astrónomo, docto médico, filósofo é inspirado poeta. Hubo de ser asimismo hábil y discreto cortesano, porque privó con el rey moro de entonces, de la dinastía de los Almohades, y alcanzó tal valimiento, que pudo favorecer, aupear y llamar con buenos empleos á aquella brillante corte á no pocos otros sabios y literatos. Así tuvo la gloria de ser el protector del gran cordobés Averroes,